

Jorge Ramírez Caro: un libro sobre la nostalgia

Suplemento Cultural n.º 62;
enero-febrero 2000

La editorial EUNA publicó el libro Sombras de antes de Jorge Ramírez Caro, en el mes de octubre de 1998, obra ganadora del Certamen Una-Palabra de la Universidad Nacional, en el año 1998.

Rafael Cuevas (RC): *Tanto en la contraportada de tu libro como en el prólogo, escrito por Margarita Rojas, siento que se pone mucho acento en el hecho de que ven en tus cuentos una cierta nota pesimista. ¿Vos compartís eso?*

Jorge Ramírez Caro (JRC): Yo creo que lo que está presente en estos cuentos es más



la nostalgia que el pesimismo. Uno como escritor se ubica en un espacio y en una realidad con los que no se siente bien o en los que se siente desubicado, y añora lo que ha dejado atrás, donde la situación pudo haber sido mejor. Por eso es que la mayoría de mis historias tienen ese tono que no es pesimista, sino una trágica nostalgia. Cada cuento es un motivo para viajar, cruzar las fronteras, estar y no estar.

RC: *¿Tal vez de lo que pudo haber sido?*

JRC: El tiempo que yo he perdido fuera de ese espacio vital que es el de mi familia, a la que perdí desde los trece años cuando salí de mi pueblo, lo he tenido que reconstruir en mi cabeza. Yo me he sentido como desterrado de mi casa, de mi pueblo. Este libro es un homenaje a mi barrio,

a los seres que he perdido físicamente y que yo visito en mis recuerdos.

RC: *¿A quién podrías reconocer como influencias para tu literatura?*

JRC: Siendo como soy originario de Colombia debo decir, de entrada, que García Márquez no está en mis cuentos. Académicamente lo he leído en la Escuela de Literatura y nunca sentí mucha atracción por él ni como cuentista ni como novelista. Me atrae mucho más Juan Rulfo que cualquier otro cuentista latinoamericano, y lo reconozco a él, frente a cualquier otro, como mi maestro en el cuento. García Márquez me ha mostrado el mismo espacio, el mismo tiempo que yo también he recorrido, todo lo maravilloso que ocurre en la costa colombiana, la cual yo he andado: la Guajira, Magdalena, Bolívar. Así que tenemos una geografía compartida. Pero yo escribo muy particularmente sobre mi pueblo, pues uno escribe sobre lo que está más en su alma, sobre lo que la infancia ha registrado en la memoria, y sobre lo que uno sueña. Eso hace que uno tenga una manera de abordar la realidad sin seguir un patrón o un modelo establecido. La infancia siempre nos seguirá asaltando y mostrando lo mejor de la vida.

RC: *De Rulfo tenés, además, una explícita referencia a Comala en el comienzo del libro.*

JRC: El primer cuento, «Ni perros ni gatos», es autobiográfico. En una ida a Colombia encuentro a mi pueblo totalmente distinto, cada vez más degradado. Era un pueblo floreciente, risueño, festivo, con mucha alegría en la calle. Pero cada vez que iba, había menos música y más silencio, más tristeza, más llanto, menos fiesta. Eso me impactó mucho. De modo que «Ni perros ni gatos» es una de esas historias en que uno descubre que ya no se está viendo en ningún espejo. Ya el espejo está más borroso, más ennegrecido y es otra cara la que ve y le muestra a uno. Cada vez que iba a mi pueblo, mi madre me decía: «Ya no te juntes con tales amigos, ya no los busques porque ya no son los que tú dejaste». Todo eso le hace a uno meditar sobre la pérdida de pueblo, la pérdida de realidad, la pérdida de vida que uno ha tenido estando lejos. La distancia lo vacía a uno de una parte de la realidad y lo llena de la otra parte que se hace con sueños y recuerdos, con esperanzas y tristezas, con olvidos y sustituciones. Es probable que si hubiera seguido inmerso en esa realidad no hubiera notado los cambios, pero la distancia los hace evidentes.



RC: *¿Lo que has escrito en Costa Rica se ha conocido en Colombia?*

JRC: De mi primer libro, *La máquina de los recuerdos*, se vendieron allá unos doscientos ejemplares, así que cuando yo fui por lo menos algunas amistades y profesores conocían que yo escribía. Así que en mi pueblo leen mi libro en primaria y secundaria. Este último libro aún no he tenido la oportunidad de enviarlo. Cuando voy de visita y hay alguna celebración me invitan a leer cuentos y poemas en actividades públicas y la gente compra mis libros.

RC: *¿Existe alguna necesidad en vos por que te conozcan y legitimen tu literatura en tu país de origen?*

JRC: Nunca he sentido la necesidad de ser conocido en mi país. He tenido, sí, un problema en la definición de si mis textos son colombianos o si son ticos. Yo los considero textos colombianos, pues todo el referente y el material sobre el que están hechos es del mundo de allá. Sin embargo, yo no tengo ningún reparo en que se me reconozca aquí o se me reconozca allá.

RC: *¿Y aquí cómo ha sido el reconocimiento de tu trabajo?*

RC: Creo que demasiado poco, demasiado circunscrito a amistades. Las

personas que se han referido a mis textos es posible que lo hayan hecho solo por compromiso ante mi solicitud para que lo hagan. Algunos profesores me han pedido mis libros para ponérselos a leer a sus estudiantes, pero, a lo mejor, ha sido por su amistad conmigo. No sé si mis libros tendrán alguna atracción por sí solos.

RC: *Si tus libros no tienen mucha repercusión, ¿por qué escribís?*

JRC: La escritura es algo muy personal para mí. No escribo para otros, sino para mí, para mis allegados. Dentro del círculo familiar yo he tenido el privilegio de ser el único hijo que ha podido estudiar y eso se lo debo a mi padre por la preferencia que tuvo conmigo como hijo mayor, en detrimento de la atención que nunca tuvo para con las mujeres. Éramos tres hombres y ocho mujeres y mi papá nunca las puso a estudiar a ellas porque dijo que era tiempo perdido y que no valía la pena. Yo soy el primero de los varones que se salvó: mi mamá había tenido tres varones que se habían muerto y por eso sobre mí se centró mucho la atención; así que yo, para tratar de evitar ese preferencialismo me fui, a los trece años, hacia la frontera con Venezuela, a la Guajira, a Maicao, y allí comencé a trabajar junto con una de mis hermanas y a estudiar, de manera



Licencia Creative Commons
Atribución-No-Comercial
Sin Derivadas 3.0 Costa Rica.

que mis hermanas no vieran que había mucha preferencia hacia mí; mi papá me había puesto en la mejor escuela que había en mi pueblo, que era privada y en la que pagaba una suma alta, que es el contexto en el que se desarrolla el cuento «Campana para respirar». Yo he pasado por todas las instituciones disciplinarias: esa escuela, el ejército y el convento; este último encuentra expresión en otro cuento, «Trocito de hielo».

RC: ¿Entraste al convento porque tenías vocación?

JRC: Para mí fue una oportunidad de estudiar. Fue la única puerta que se me presentó en un determinado momento para salir del pueblo y yo no la quise desaprovechar. El espacio conventual me sirvió de mucho; al principio no había pensado tomarlo como una «salida» a mi deseo de superación, porque uno, en el fondo, va encontrando en el camino una respuesta a las cosas sagradas; yo considero que en ese momento era un analfabeto en cuestiones religiosas. Nosotros (hablo en plural porque éramos cinco costeños los que habíamos ingresado) no sabíamos, por ejemplo, qué era el bautismo o el Espíritu Santo o la Trinidad. De formación religiosa no teníamos nada, pero en el convento nos dieron lectura; nos dijeron «tengan, lean,

para que se pongan a la altura de los bogotanos», que eran los que religiosamente sobresalían. Entonces nosotros comenzamos a leer y tuvimos la ventaja de tener un director bastante joven que nos dio a leer una literatura mucho más atractiva que el catecismo. Fue así como empezamos a leer teología de la liberación, aunque en la universidad no recibimos esa formación. Así pasé un año en Bogotá y aquí, en Costa Rica (que fue el lugar al que nos envió la orden), cuatro años más. A mí me sirvió de mucho ese espacio porque conocí muchas cosas y me di cuenta de la realidad, aquella que en Colombia a mí no me llegaba ni por televisión.

Más tarde me echaron del convento porque había escrito dos artículos. En el primero de ellos, llamado **Automatizados**, hacía ver que nosotros respondíamos, como el perrito de Pavlov, a estímulos, y todo estaba totalmente controlado. Uno no podía, por ejemplo, quedarse conversando cinco minutos afuera, porque le cerraban la puerta, lo dejaban afuera y le imponían un castigo. Luego escribí otro que se llamaba **¿Existen hermanos en esta casa?**, una crítica al sistema verticalista (tanto de la autoridad como de la verdad: el superior no se equivocaba). Yo aprendí de mis profesores de exégesis y hermenéutica que anduviéramos



siempre con un lapicero en la mano y un pedacito de papel para que si oíamos algo que nos causara extrañeza o llamara nuestra atención, lo anotáramos y lo interpretáramos; entonces yo fui haciendo una cajita de fichas de todo cuanto decía el director y con eso hacía mis artículos. Por eso decidieron que yo no podía seguir ahí, pues se me consideró un traidor, que estaba diciendo cosas que no tenía que decir, que se me había pasado la mano al escribir ciertas cosas, y fue así como, un 20 de octubre de 1986 o 1987, me dijeron que me daban la oportunidad de que me fuera para Bogotá en donde no se sabía nada del asunto, a lo cual yo me opuse, aunque yo fui allá para hacer saber cuál era la situación. Con un permiso de un año volví a Costa Rica a terminar mis estudios, pero ya las cosas no funcionaron con los hermanos que estaban acá. Yo terminé la teología y me metí a literatura y me desentendí.

RC: ¿Te arrepentís de haberte salido?

JRC: No, no me arrepiento. Me hizo muy bien haber estado ahí, pero también haberme salido. Es decir que todo fue provechoso, porque en el nivel intelectual yo conocí muchas cosas que de otro modo no habría conocido, lo que me ha permitido hacer lecturas de la literatura

que son muy escasas dentro de la crítica especializada.

RC: Como escritor, ¿sos básicamente un cuentista?

JRC: Cuentos es lo que se me ha publicado; pero si yo me pudiera denominar, diría que soy más poeta que cuentista. Yo he ganado concursos de cuento, aunque me he presentado a concursos de poesía que, sin embargo, no he ganado.

RC: ¿Te autodefinís, entonces, como poeta?

JRC: Es que he escrito más poesía; tengo mucha más experiencia en ella, he trabajado en talleres poéticos y me desenvuelvo mejor ahí que en talleres para cuento. Yo empecé a escribir cuento en 1992, que es el mismo año en que gané mi primer concurso con mi libro *La máquina de los recuerdos*, el cual lo escribí en dos meses y medio.

RC: ¿Qué planes tenés? ¿Qué estás escribiendo?

JRC: Hace mucho que no escribo nada de ficción. Mis años más productivos fueron de 1992 a 1995. De 1995 para acá me he dedicado más al ensayo sobre literatura. Actualmente tengo dos libros escritos sobre la lectura y estoy escribiendo otro, para



completar una trilogía. Me interesa explorar cómo emerge el proceso creativo desde el que escribe y el que lee. Sin embargo, aunque escribiéndola lentamente, tengo en proceso una colección de cuentos sobre viejitos, el cual es un tema recurrente en mí. Siempre he creído que los abuelos son la memoria de uno y, en general, humana, que en esta sociedad tan utilitarista han sido desechados como improductivos. Esto responde un poco a lo que yo creo que es la escritura, una especie de rememoración

de la historia, reconstrucción del pasado, una manera de salvarnos del olvido, del tiempo que arrasa con todo. Creo que eso es lo que me propongo cuando escribo, que las cosas no pasen desapercibidas, cuando menos para mí: que quede una constancia de que he existido y he experimentado la vida de esta u otra manera. Me dejo decir y hago que se digan las cosas que otros han callado. Eso creo que es parte fundamental de mi escritura, una manera de salvarme.

